

Poesía e historia en una obra de Calderón de la Barca

(“La lepra de Constantino”)

César García Álvarez

I. LAS FUENTES MEDIEVALES Y SU TRATAMIENTO CALDERONIANO

Nunca han andado separadas poesía e historia. Ni en el pasado, donde mito y enseñanza moral se constituían en pilares casi imprescindibles del historiar, ni en el presente de la “objetividad” y el registro estadístico. H. Steel Commager¹ al señalar las cinco características distintivas que, a su parecer, definen la naturaleza de la historia, no olvida que, cuatro de ellas, pertenecen por igual al relato de los hechos y al relato de la ficción: La historia es una *consignación*, fragmentaria en consecuencia, incompleta y partidista; la literatura, para ser tal, acota precisamente un sector de la realidad y le da el sello de la tendencia en que se inscribe o la generación a la que pertenece. Es la historia un *relato*, lo que supone una “selección” y “distribución” de datos con el fin de interesar, ¿no es esto la “invención” y “disposición” de que nos habla la retórica clásica? Es una *interpretación*, lo que equivale a decir, señala H.S. Commager, que la historia debe tener “criterio, originalidad, imaginación y arte”; la frase del historiador norteamericano nos ahorra en este caso, comentario. No podrá haber historia sin *filosofía*; Aristóteles reclamaba igualmente esta inserción de la filosofía en la poesía. Y, finalmente, la historia es *ciencia*, característica que debe constituirse en su centro de gravedad, como centro de gravedad de la literatura debe ser la “interpretación”, con su imaginación y arte, y el “relato”, con su técnica de interesar.

¹Henry S. Commager, *The Nature and Study of History*, Columbus, Ohio, Charles E. Merrill Books, Inc., 19. Traducido al castellano por Antonio Garza y publicado con el título *La Historia. Su naturaleza y sugerencias didácticas*, México, Editorial Tipográfica Hispano Americana, 1967. Capítulo Primero: “La naturaleza de la historia”, pp. 1-24.

Historia y Poesía gozan de los mismos elementos, siendo distinta su jerarquización; cuando esta disposición de planos no ha sido guardada con rigor, nos encontramos con un Zola, quien prefería los títulos de historiador o científico antes que literato, o con un historiador, como Francisco Encina entre nosotros, que recibe el Premio Nacional de Literatura.

La interpretación de una inmensa literatura de carácter histórico —la obra de Calderón que aquí vamos a estudiar, no es una excepción— deberá examinar con detención cada uno de estos niveles de acercamiento y distancia entre historia y literatura. Me estoy refiriendo específicamente a la Crónica, Memorias, Novela Histórica y Ensayo, géneros fronterizos, cuyo problema de interpretación aun no está resuelto.

Calderón de la Barca tuvo profundos conocimientos de filosofía, teología e historia sagrada; leyó, sin duda, *la Historia de la Iglesia* y *la Vida de Constantino* de Eusebio de Cesarea². No sólo leyó estas y otras historias medievales, con su lectura asimiló para sus dramas las características de aquella historiografía religiosa. En Grecia y en Roma, la historia hablaba de instituciones políticas y, en último caso, de instituciones político-religiosas. Eusebio habla de instituciones religiosas y Calderón, detenido conocedor del mundo clásico, como ha demostrado Margraff³, acentúa aquí éstas de carácter cristiano y no aquéllas civiles y paganas. Dice Silvestre, Papa:

*Porque
no es mi vida la que libro,
que bien sabe Dios que a cada
paso se la sacrífico
sino la de tantos, como
hoy con mi asistencia animo
a padecer desterrados,
pobres, tristes y afligidos
en honra de mi Dios.*

²Dice a este respecto su mejor biógrafo Emilio Cotarelo y Mori: “En historia, era consumado en la sagrada; y de la profana conocía los clásicos griegos y latinos; algunas historias europeas, especialmente italianas; las crónicas de España y las obras del padre Mariana y de Jerónimo Zurita, con varias historias locales y de sucesos particulares”. (**Ensayo sobre la vida y obras de D. Pedro Calderón de la Barca**, Madrid, Tip. de la “Rev. de Arch., Bibl. y Museos”, 1924, p. 87).

³Citado por Eugenio Frutos en *La filosofía de Calderón en sus Autos Sacramentales*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1981, p. 69. Dan cuenta también de estos conocimientos calderonianos sus *Comedias Mitológicas*.

La institución de la Iglesia es el nuevo centro de atención de esta historia dramatizada. Frente a ella, Majencio proclama la instauración romana de las instituciones civiles; si el augurio había presagiado a una “Roma Silla”:

*Roma Silla
Dose!, Curia, Emporio y Sitio
de la Corte de la Fe*

jura Majencio que ello no ha de ser:

*pues una vez conseguido
(el éxito de la batalla)
entrando en ella invicto
claro es que no la ha de ser.*

La pugna dramática entre Constantino (gobernó entre el 305-337) y Majencio (gobernó del 306-312) y su resolución final, tiene un carácter claramente institucional: Ser “Roma Silla” de Pedro o ser “Roma Corte” civil. El triunfo final de Constantino ya no será de él en tanto Emperador y máximo representante de las instituciones políticas, sino de Silvestre (su pontificado se extendió entre el 314-335). He aquí este canto a la institución del Pontificado:

*Y porque quedes
fuera ya de estas montañas
y tengas Corte en que reines
le doy al Pontificado
la ciudad de Roma (atiende)
y para Templo de Pedro
y de Pablo mi eminente
Palacio.*

El apoyo historiográfico medieval que Calderón toma para elaborar su obra, marca también a los personajes que elige. Las nuevas figuras que Eusebio y otros historiadores colocan en su *Historia* —patriarcas, obispos, monjes, mártires, santos— eran desconocidas en el mundo grecorromano. Este nuevo interés que el cristianismo trae por otros sectores de la historia, lo hace conscientemente suyo Calderón. Astrea es una villana que, por el solo hecho de ser cristiana y defender su fe a ultranza, merece estar en las páginas de este drama calderoniano. Eusebio había dado cabida en su obra a Blandina, mujer esclava, que sin ningún otro mérito que el de la fe que la llevó al martirio, le mereció las páginas de la historia y el inusitado título de “noble matrona”⁴.

⁴Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica*, Madrid, Biblioteca de Autores cristia-

Astrea es del mismo rango que Blandina. Se aleja de la tradicional villana del teatro clásico español —Mecinguela, Laurencia, Tisbea o Belisa— para encarar, más que personajes pertenecientes al “genus humilis” virgiliano⁵, un nuevo tipo de personaje que se vincula con otra tradición literaria: la historiográfica-patristica. la sustentación de aquellos personajes femeninos de Lope de Rueda, Lope de Vega o Tirso de Molina tenían una raíz social que se explicaba desde la vida española de los siglos XVI y XVII y la conversión de la tragedia en comedia. Astrea, muchos personajes villanos de los *Autos Sacramentales* de Calderón, hacen gala de estar ahí junto a un Papa o un Emperador porque “unum corpus, una fides, unum baptismum” les une, según reza la Carta de San Pablo a los Efesios.

La geografía dramática manejada por Calderón, también es otra: Se mide en términos de religión y no de imperio. La fórmula se encuentra igualmente en la tradición patristica: “Ubi fides, ibi ecclesia”, donde se establece la fe, allí está la Iglesia. Calderón valora, así pues, las “Tebaidas de Egipto” por sus mártires, la “Austria, que es región de donde el Señor nos vino, según “Abacuch”, “Bretaña” donde Elena su madre ha recibido el bautismo, Persia, etc. La fe de los bautizados es quien singulariza a los pueblos y no la universal pertenencia a un imperio. El final del drama se hace especialmente significativo, al respecto: El imperio material cede al espiritual, Constantino a Silvestre, Papa:

*Esta púrpura, Silvestre
imperial ropa hasta aquí,
será desde hoy más decente
ropa pontifical; esta
corona, que tres contiene,
por las tres victorias mías,
será tiara de sus sienas;
este cetro, de tres cetros
tu báculo; que es bien lleguen,
proque al Pontífice adornen,
a desnudarse los reyes.*

nos, T. I, Libro V, pp. 270, 276, 277 y 281: “Blandina, por medio de la cual Cristo demostró que lo que entre los hombres aparece vulgar, deforme o fácilmente despreciable, por parte de Dios se considera digno de gran gloria a causa del amor hacia El (...) más la bienaventurada mujer como noble atleta rejuvenecía en la confesión (...) como noble madre que ha infundido ánimo a sus hijos”.

⁵Nos estamos refiriendo a la “rueda de Virgilio” de Juan de Garlande, según Faral, *Les Arts poétiques*, p. 87. Remitimos al comentario de Erich Auerbach “*Sermo humilis*” en *Lenguaje literario y público en la baja latinidad y en la edad media*, Barcelona, Seix Barral, 1969, p. 30.

El drama de Calderón, a la luz de la historiografía medieval en que se inspira, oscila entre aquel género grecorromano de historias universales o generales —con Constantino y Silvestre se inicia una historia general de la Iglesia, Calderón sólo lo apunta— y las historias nacionales, regionales o de confederaciones, donde la fe de Cristo prenderá y será necesario que sea registrada.

Esta valoración de las historias regionales, por obra de la fe, cobra un especial énfasis en *La lepra de Constantino* y recibirá de Calderón una mayor ampliación en: *El Purgatorio de San Patricio*, cuyo espacio es Irlanda y personaje el rey Egerio; *La Virgen del Rosario*, situada en el Toledo visigótico de Alarico y Ataulfo; *De un castigo tres venganzas*, cuya acción se desarrolla en la Borgoña; *El mágico prodigioso*, en Antioquía; *Amor, honor y poder*, drama de la época de Eduardo III, rey de Inglaterra; *Las cadenas del demonio*, que tiene su acción en Armenia, como Constantinopla volverá a estar en *La exaltación de la cruz* y Chipre en *Los tres efectos del amor*. Al examinar la tendencia nacional de estas obras ¿no estamos pensando, de algún modo, en S. Isidoro de Sevilla y su “*Laus Hispaniae*”, San Gregorio de Tours y su historia de los francos, Paulo el Diácono que historia a los longobardos, Jordanes, Fredegario o Beda el Venerable? Hay en estos historiadores, como en Calderón, un especial afecto por estos nuevos pueblos, menos paganizados que Roma, más dispuestos al cristianismo y raíz de los nuevos orgullos nacionales. Calderón jamás dejó de considerarse un descendiente de los antiguos godos, también se prestigian en aquella descendencia: Ercilla, Lope, Quevedo, Góngora y otros⁶.

Un tercer rasgo que Calderón trabaja en su obra —y siempre lo hace con maestría— es el nivel mágico. El Auto Sacramental, de suyo, pone en escena “figuras”: simbolizaciones de realidades espirituales o abstractas. La hagiografía medieval prestó a Calderón un abundantísimo material para estas realizaciones dramáticas⁷. Los signos celestes que aparecen a orillas del puente Milvio, la mano

⁶Ser “montañés”, del norte de España donde se habían refugiado los últimos restos de la monarquía visigótica, era, en los siglos XVI y XVII españoles, tener “limpieza de sangre”, ser “cristiano viejo”, sin sospechas de traición a la nación. Ercilla, vizcaíno, recuerda que su origen es “de do es cierto/que procede y se extiende la nobleza/por todo lo que vemos descubierto”. Lope, en un extremado esfuerzo por asegurar bien su antepasado, defendió tener su origen familiar en Bernardo el Carpio, un héroe imaginario que sirvió al rey de Asturias.

⁷Todos los autos sacramentales “históricos y legendarios” de Calderón, según la clasificación hecha por Angel Valbuena Prat, con la sola excepción de tres, son de temática medieval. (Véase, Don Pedro Calderón de la Barca, *Obras Completas. Autos Sacramentales*, Madrid, Ed. Aguilar, t. III, 1967, p. 34).

ensangrentada y corroída por la lepra, el milagro del agua bautismal, todos estos y otros motivos que proceden más de la leyenda que de la verdadera historia, son recogidos por la hagiografía popular medieval y llegan hasta el siglo XVII de Calderón con toda frescura de lo maravilloso. La narración de la enfermedad y curación de Constantino fue, como señala Ullmann, un verdadero “best-seller” de la novelística medieval. La narración legendaria procedía de Mesopotamia y fue recogida en España por Alfonso X el Sabio en su *Primera Crónica General*, pasó a fray Iñigo de Mendoza en su *Vita Christi* (1476-1468), a Pablo de Santa María en *Las Edades del Mundo* (1416-1475) y al agustino Basilio Ponce de León, contemporáneo de Calderón, en sus *Discursos para todos los Evangelios de Cuaresma*⁸.

Una pregunta necesaria: ¿tiene esta hagiografía el mismo sentido que le concede Calderón? No fueron, ciertamente, distintas las motivaciones. Todos ellos creían firmemente en una historia de los “Magnalia Dei” o manifestaciones de las “hazañas de Dios”. Imbuidos de la literatura viejotestamentaria, las irrupciones de lo divino en lo humano les eran poco menos que connaturales. No debemos olvidar que Calderón, de un total de 76 autos sacramentales, tiene 22 de tema bíblico. Es así como podemos afirmar que las maravillas presentes en los *Milagros de Nuestra Señora* de Berceo, en la *Canción de Roldán*, *Evangelios Apócrifos* y fantásticas leyendas de los Cronicones de Convento, aun con lenguajes distintos, tienen el mismo sentido y sabor que estos Autos Sacramentales de Calderón. En verdad que, sin la apertura a lo maravilloso, ni el crítico llegará a la historia medieval ni el espectador o lector ingresará a gran parte de los dramas de Calderón.

Es posible distinguir, sin embargo, una clara diferencia entre

⁸Para Angel Valbuena Prat, sin negar toda esta tradición, existe una fuente directa de *La Lepra de Constantino*, los sermones cuaresmales del agustino Basilio Ponce de León: *I Parte de Discursos para todos los Evangelios de la Quaresma*, Salamanca, 1608 (con licencia de 1603). Aquí se alude a la lepra, el baño en sangre de niños y la sangre redentora de Cristo. Sin embargo, pareciera entregarnos más seguridad de fuente *La leyenda dorada* de Jacques de Vorágine (nacido en 1228), en esta obra se registran los siguientes elementos: 1) Huida de S. Silvestre al monte Sorato; 2) El castigo de la lepra de Constantino; 3) El sacrificio de niños para procurar un baño de salud al Emperador, y 4) La aparición de S. Pedro y San Pablo. Leemos sobre la lepra: “Mais voici que Constantin lui-même, en châiment de sa persécution, fut atteint d’une lépre incurable. Les pêtres des idoles lui conseillèrent alors de faire égarger aux portes de la ville, trois mille enfants, et de se baigner dans leur sang tout chaud” (Jacques de Vorágine. *La légende dorée*, Paris, 1910, edic. y notas de Teodor de Wyzenwa, pp. 65-70. Debo agradecer al Dr. Héctor Herrera Cajas esta y otras orientaciones bibliográficas que mejoraron sustancialmente este trabajo.

aquella leyenda de las crónicas antiguas y el tratamiento que le da este drama. La crónica (de “cronos”, tiempo) valora de modo especial el tiempo; el alegorismo de la obra de Calderón tiende a la inmovilidad histórica y afirmación de la significación tipológica; en otras palabras, la sincronía de la idea teológica inmoviliza la diacronía de los personajes y cercena, en consecuencia, la medición del tiempo. Hay, ciertamente, acción en la obra calderoniana, pero es de fuerzas espirituales (gentilidad, fe, pecado, Iglesia, etc.), toda una simbología que el autor se encarga de explicar:

*FE Oye: Oid
 cuantos a mi voz convido,
 que a todos toca entenderlo,
 y a mí no más que decirlo.
 En Constantino, que César
 es de Roma, signifíco
 al hombre en común; pues tiene
 del orbe el mayor dominio:
 que será hijo de la Iglesia,
 fundo en ser de Elena hijo;
 pues la Iglesia es la que va
 buscando la cruz de Cristo;
 Maxencio, en síncoya Magio,
 su más opuesto enemigo,
 es aquel monstruo que usando
 de sus mágicos hechizos,
 el nombre acredita, pues
 siempre es fantástico el vicio*

*es Majencio, su demonio,
 tú (a la Gentilidad) su culpa, yo su alivio.*

Este alegorismo atemporal puede darse, y de hecho se da, tanto en la Roma de Constantino (*La lepra de Constantino*), como en el imperio incaico (*La Aurora en Copacabana*) o el Madrid de Felipe IV (*El Año Santo en Madrid*). Hay más teología que historia en estos dramas de Calderón; había en las crónicas y hagiografías medievales más historia que teología⁹. Pero estos nos reclama ya otro tipo de análisis: las relaciones entre significación y estructura.

⁹Esto no quiere decir que Calderón tomase la historia en que inspira algunas de sus obras, en forma ligera; si es cierto que traspone casi siempre el sentido histórico por el alegórico, no es menos cierto que se documentaba en forma acuciosa para que,

II. SIGNIFICACIÓN Y ESTRUCTURA

Dos motivos, “la guerra por la sucesión” y “el voto religioso” —la pugna por el poder y el cumplimiento de la promesa hecha a Júpiter— gobiernan las dos partes en que estructuralmente se divide la obra. Dos ejes o dos polos de acción que, aparentemente, rompen la unidad del drama. Estudiémoslos con alguna detención.

El Auto Sacramental, drama histórico-alegórico, pide una doble lectura. Calderón nos lo advierte, nos quiere dar “juntos los sentidos de Historia y Alegoría”. Tipología e historia se entrelazan, así, pues, en un hábil manejo técnico que para los escritores barrocos era absolutamente habitual. La linealidad renacentista, fidelidad a la perspectiva, el respeto al eje focal —casi dogmas en la estética clásica— son rotos con furor por los barrocos: estilo de contrastes, espacios abiertos y acciones múltiples. A dos “visos”, para usar un término calderoniano deben verse, leerse o escucharse obras como “El Entierro del Conde Orgaz”, “Las Meninas”, las fugas de Bach y el *Quijote*. No era inusual en el siglo xvii lo que Calderón nos pide aquí: la capacidad de reducción de lo múltiple a lo uno. Lo múltiple, por sí mismo es ininteligible, el barroco amó lo disperso y variado a la vez que solicitó esfuerzos por encontrar la básica unidad.

La variada parcelación episódica de la obra que comentamos, se reduce, así, pues, en última instancia a la conocida pugna histórica entre Cristianismo y Paganismo. Las figuras históricas que se ponen en escena no van a ser sino concreciones de aquellas dos fuerzas religiosas en pugna. Con el Paganismo o Gentilidad estarán: Majencio, los soldados que gritan “el Gran Majencio viva” y en forma de apoyo, el judío Zabulón; con el Cristianismo o la Fe: Silvestre, Papa, la villana Astrea, Santa Elena, San Pedro y San Pablo. En medio de estas dos fuerzas espirituales, Constantino, un personaje en un momento crucial de su vida, “objeto” de tensión dramática.

Constantino es el hombre común, pagano, sin el auxilio de la gracia. No importa, ante Dios, sea Emperador o villano, destacado hombre de letras o inculto. Calderón ya nos había dicho en *El Gran Teatro del Mundo* que, en el escenario de la vida, origen y fin, cuna y sepultura, son iguales para todos: reyes, labradores, bellas damas o niños. Constantino nos dibuja la acción de la gracia en el hombre común y el vencimiento de los distintos obstáculos (éstos dan lugar a los diferentes episodios) que se le presenten. Dibuja él la acción

justamente, la alegoría surgiese en forma lo más espontáneamente posible de la historia. Véase al respecto, “Las fuentes de La Aurora de Copacabana” de Calderón, estudio que hemos publicado en la *Revista Chilena de Literatura* Nºs 16-17 (Homenaje al Profesor Sr. Antonio Doddis), 1981.

dramática de la obra, esa línea transversal que recorre todo el largo del drama, desde un punto inicial A (condición de gentil) hasta un punto final B (cristiano): del pecado a la conversión. A estas luces ya nos es posible decir que *La Lepra de Constantino* tiene una sola acción: Paganismo hacia Cristianismo; todo lo demás, personajes históricos, alegóricos o celestiales y las múltiples acciones secundarias, aparentemente diversificadoras por su carácter episódico, no son sino distintas voces que corresponden a un mismo tema. El barroco gustó de los “reflejos”, los “ecos” y “variaciones”. Calderón es tan rigurosamente clásico en la unidad del tema como espléndido barroco en esta generación de complejas acciones secundarias. Convendrá examinarlas.

III. EL ANÁLISIS EPISÓDICO O LA HISTORIA DE UNA CONVERSIÓN

a) *Episodio uno: La conversión es un don* “Nadie va al Padre sino por mí”, leemos en el Evangelio. El primer episodio, Fe frente a Gentilidad, está presidido justamente por la afirmación de esta gratuidad: Dice la Fe:

*Bien podrá
si yo lo amparo

ampárale mi celo

poseeránle mis piedades

en su reparo has de verme.*

Sin embargo, nada se afirma en forma tajante, pues la fe es un “don de Dios”, que el hombre no merece por sí.

b) *Libertad humana y fe divina*. Canta la música reiteradamente:

*Porque nada vale más
que el hombre al hombre mismo...
si tú a ti te vales
usando tu albedrío.*

Constantino: *Ya que me das la respuesta
no me niegues el indicio
¿yo a mí he de salvarme?*

Música: Sí.
 Constantino: *¿Con qué favor?*
 Música: *El divino.*

La positividad de estos preámbulos de la fe, encuentran su respuesta en una cruz que aparece reluciente en los aires. La calificación de “sacra astrología” por Constantino, nos muestra que hay avances significativos hacia la conversión, pero no la conversión aun.

c) *Tercer episodio: Aceptación del signo de la cruz*

*No digáis que viva yo
 sino id diciendo conmigo:*
 Constantino *Por la señal de la cruz*
 y música: *que en líneas de fuego, vimos*
líbranos Señor
de nuestros enemigos

La “aceptación” no supone aun conversión. El concepto de “enemigo” —político o moral— no está aun claro; tampoco queda en claro para Constantino la causalidad divina del signo de la cruz prendido en el cielo. La voz de la Gracia (Música) se une a la voz de Constantino; éste ha entrado en un estado claro de “disposición” a la conversión, acepta la palabra de la Gracia, sino todo el contenido.

d) *Cuarto episodio: Las “noches” del alma.* Constantino derrota a Majencio. La paz, ahora, será prueba de la incipiente fe. Constantino es conducido a dar gracias a Júpiter; he aquí sus dudas:

*Aunque no sé si he debido a Júpiter
 el favor*

*¿cómo creeré que la luz
 de ajena deidad no tuve?*

Esta duda cristaliza en la negación de la iniciada fe cristiana. La Fe, como personaje, se viste en este momento de luto, para escuchar a Constantino:

*No quiero
 a imagen de un vil madero
 la victoria atribuir.*

e) *Quinto episodio: La lepra.* Paganismo, apostasía, negación de los caminos de la fe son sinónimos, en el nivel alegórico, de la lepra. Lepra y pecado se corresponden con mucha frecuencia en la

Biblia¹⁰. La lepra, como el pecado, contagian, engendran el mal: Hay víctimas humanas, solicitadas por el Emperador porque “la lepra —se decía— con sangre humana se cura”. Un nuevo Herodes aparece en la historia buscando sangre de niños inocentes.

f) *Sexto episodio: La razón se hace de nuevo preámbulo de la fe*, pues:

Constantino: *No es decente
que viva un Rey con sangre de inocentes.*

Fe: *Es cruel inconveniente
que mueran todos por uno
cuando uno por todos muere*

Cae Constantino derribado por la enfermedad y Majencio alza el cuchillo contra él. San Pedro y San Pablo lo defienden “porque hombre que a la Fe oye ... porque hombre que a la Fe atiende”, porque hombre que tiene una madre como Elena que por él ora, no se perderá, será fecunda simiente de la misma fe progeneradora.

Las crisis (derrota de Majencio y ahora la lepra) dieron lugar a “conversiones de la razón”; en ambos casos se hizo ésta más clara, sincera y sensible, más dispuesta, en ambos casos, a la positiva acción de lo alto: apareció antes una cruz, recibe ahora la ayuda de San Pedro y San Pablo.

g) *Octavo episodio: El bautismo puerta de la fe*. Constantino busca ahora a Silvestre y pide las aguas sanadoras para el cuerpo. Silvestre, sin embargo, habla de la fe, esta es la que regenera y limpia, más las almas que los cuerpos; la obra termina con esta clara confesión de conversión:

Silvestre. *¿Que pides?*
Constantino. LA FE.

Conclusión. La valoración calderoniana de la conversión se encuentra en la necesaria purificación previa de la razón. Sin conversión de la razón, no existirá conversión del alma. Cuando los apetitos y

¹⁰Existe en la Biblia una relación entre “lepra” y “pecado”; parece ser que los hebreos consideraban esta enfermedad como castigo de Dios por haber cometido algún pecado: Azarías usurpa la función sacerdotal y es castigado con la lepra; para los leprosos existían algunas purificaciones ceremoniales; una parte de esta ceremonia consistía justamente en lavar al leproso con sangre de aves y corderos (véase *Verbum Dei*, Barcelona, Ed. Herder, t. I, 1956, pp. 581-583).

sentidos obnubilan la razón, ningún progreso en el orden sobrenatural se operará sin la limpieza de ésta. Una crisis espiritual, una enfermedad corporal como la de Constantino, la meditación en la fugacidad del tiempo como en Segismundo, son, con frecuencia, motivos barrocos que llevan a un “desengaño” purificador. Es tesis confirmada en Calderón, afirma Eugenio Frutos¹¹, que “el hombre se salva y ennoblece por el desengaño”. El entendimiento se hace así servidor del alma (*Amar y ser amado y Divina Philotea*) y este servicio se expresa en términos de “timonel”, “ayo” o “girasol” que refleja o lleva a la fe (*El pleito matrimonial, Psiquis y Cupido, La lepra de Constantino*).

La fe es como un árbol, como una planta, como una semilla de trigo, dice el Evangelio: Nace, se desarrolla, soporta los embates del medio y da frutos de vida eterna. Su campo y tierra propios son el hombre “naturalmente” dispuesto para que obre “en él, sin él”. Este es el drama *La lepra de Constantino*, historia y símbolo a la vez.

Presentamos a continuación el Auto Sacramental *La lepra de Constantino*, en la edición y notas de Angel Valbuena Prat, Madrid, Ed. Aguilar, t. III, 1967.

¹¹*Obra cit.*, p. 84.

AUTO SACRAMENTAL ALEGORICO
INTITULADO
LA LEPRO DE CONSTANTINO

DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA

PERSONAS

SILVESTRE, viejo venerable.
LA GENTILIDAD.
LA FE.
ZABULÓN, judío, villano.
ASTREA, villana.

Un ANGEL.
TRES MUJERES.
CONSTANTINO.
MAXENCIO.
SAN PEDRO.
SAN PABLO.

La NOTICIA.
Un NIÑO.
SANTA ELENA.
SOLDADOS.
MÚSICOS.

Dentro, cajas y trompetas, y sale SILVESTRE, viejo venerable, vestido de pieles, huyendo como asombrado

UNOS: (Dent.) ¡Arma, arma!

OTROS: ¡Guerra, guerra!

UNOS: ¡Viva el grande Constantino!

OTROS: ¡El grande Maxencio viva!

SILV.: ¡Ay de aquel cuyo peligro consta igualmente de ser

o vencedor o vencido!

Cualquiera de los dos, puesto

que gentiles en sus ritos

de los dos (¡Cielos!) cualquiera

es mi mayor enemigo;

y así, en tanto que la lid

los ocupa, solicito

ampararme de los Montes.

Dame, ¡oh tú!, que en los Faliscos¹

de Roma yaces (¡oh sacro Sorato!)², rústico abrigo en tus más ocultos senos.

Sale la GENTILIDAD con espada, corona de laurel y bastón.

GENT: ¿Dónde corres fugitivo, mísero caduco anciano, si ves que el marcial conflicto de tantas armadas huestes como numerosas rijo, contra ti sólo las muevo y contra ti las alisto? Pues reducir hoy al trance de una batalla el dominio de Europa y Asia, empeñados del Griego Imperio y Latino, en Constantino y Maxencio, los dos laureles invictos, solo es a fin de que acabe

¹Faliscos, el lugar de una tribu etrusca, al norte de Roma, junto al Tíber. Algunos geógrafos creen que esos habitantes no eran propiamente etruscos, aunque fueron dominados o absorbidos por éstos.

²Sorato, el monte Soratte o Soracte, en el lugar de los Faliscos, llamado también monte de San Silvestre.

de una vez tanto continuo
tesón de iras, porque quede
el que quedare al arbitrio
de la fortuna triunfante;
libre del duro ejercicio
para volver contra ti
las armas, como Caudillo
que eres de ese infame bando
del Crucificado Cristo;
y porque mejor lo veas,
oye esas voces.

CONST: (*Dent.*) Divino
Júpiter, a tus altares,
si a tanta invasión resisto,
en cristianos holocaustos
verás cuántas vidas rindo.

MAX (*Dent.*) Yo, Marte, ofrezco a tus
[aras,

si el romano margen piso,
hacer de cristianas vidas
víctimas y sacrificios

UNOS: ¡El grande Maxencio viva!

OTROS: ¡Viva el grande Constantino!

SILV.: Ya lo veo, y ya lo lloro;
pero no me desanimo,
bárbara Gentilidad,
de que invoquen tus mentidos
dioses sus errados votos,
cuando sobre el Tíber miro,
abortando gente, esa
vaga ciudad de navíos,
salir Constantino al paso,
dejando solos los niños
y las mujeres en Roma;
pues aunque yo sea el indigno
sucesor de Pedro, hoy,
por la elección que en mí hizo,
Melchiades, de la grande
Mantua Carpetana hijo
(a quien Madrid llamarán
quizá los futuros siglos),
y aunque pueda, no sin causa
temer que pecados míos
ocasionarán los cielos
a sus piadosos castigos,
no por eso ni por verme
de brutas pieles vestido
(sin más pontífice pompa,
más triunfo, más domicilio
que las quiebras de estos montes),
como dije, desconfío
que me falten suficientes

y aun eficaces auxilios
para resistir constante
los más embotados filos
de desnudez, hambre y sed,
cárcel, incendio y cuchillo.
Pues cuando vuelva la Iglesia
en aqueste primitivo
lustro de su tierna infancia
a proseguir los martirios
que dejaron empezados
en las Tebaidas de Egipto
Maximiano y Diocleciano,
vincularon en Constantino
o en Maxencio sus rigores,
no podrán (por más que impíos
viertan la púrpura a arroyos,
que a poco espacio sean ríos
y a no poco espacio mares)
sumergir en sus abismos
la barca de Pedro, pues
a pesar del siempre frío
Aquilón que de Poniente
brama a soplos, gime a silvos.
trayéndonos todo el mar
(así Jeremías lo dijo),
la podrá poner en salvo
el siempre aliento benigno
de la Austria, que es la región
de donde el Señor nos vino,
según Abacuch: con que,
nadando su buque en ríos,
piégalos de humana sangre,
de ráfagas impelido,
podrá verse zozobrando,
mas no verse sumergido,
por más que contrarios vientos
formen el eco en que he oído.

(Suenan cajas)

UNOS: (*Dent.*) ¡El grande Maxencio

[viva!

OTROS: ¡Viva el grande Constantino!

GENT.: ¿Por qué, si en esa esperanza
estás, sin valor, sin brío,
vienes huyendo a los montes
a ser esqueleto vivo
de sus bóvedas?

SILV.: Porque
no es mi vida la que libro,
que bien sabe Dios que a cada
paso se la sacrifico,
sino la de tantos, como

hoy con mi asistencia animo
a padecer, desterrados,
pobres, tristes y aflijidos,
en honra de mi Dios.

GENT.: Pues

si eres tú sólo su asilo,
hoy les faltará, muriendo
a mi mano.

Empuña la espada la GENTILIDAD; Silvestre huye, poniéndose en un risco, da vuelta, y se ve la Fe con una cruz en la mano, y una venda en los ojos, como la pintan)

SILV.: Otra vez digo
que no huyo a salvar la vida.

GENT.: Pues ¿a qué?

SILV.: A salvar conmigo
las reliquias de la Fe,
que huyendo a estos montes vino,
de tus Cortes arrojada.

GENT.: Mal podrás; si yo te sigo.

FE: Bien podrá, si yo le amparo.

GENT.: ¿Quién eres, bello prodigio,
que en vez de cuchilla esgrimes
verde tronco en sangre tinto?
¿Quién eres, que con vendada
vista discurre a tino
las enmarañadas sendas
de este humano Laberinto;
de oídos y ojos trocados
los naturales oficios,
pues lo que no ven los ojos
quieres ver con los oídos
¿Quién eres, digo? ¿Quién eres,
ciega luz de mis sentidos,
que no te conozco, aunque
pienso que otra vez te he visto?

FE: Si has visto, y aun otras dos:
una, a los lucentes visos
de una estrella, que guió
tres Magos al Pobre Hospicio
de un Porta; y otra, a las claras
luces de aquel son, que dijo
a Pedro que mate, y como
los inmundos, los nocivos
animales, que fue cuando
con el misterioso aviso
pasó a la Predicación
del pueblo de los judíos
al bando de los gentiles.

Mas como, aunque yo me miro

hoy con la venda, eres tú
la que estás ciega, no admiro
que beneficios tan grandes
dé tu memoria al olvido;
que es el achaque de que
muere cualquier beneficio.

GENT.: Aun no me has dicho quién
[eres,

pues aun no te he conocido.
FE: Si he dicho, pues ser la Fe
venda e insignia te han dicho.

GENT.: Menos te conozco ahora:
mas ya que lo seas, ¿qué indicio
de inútil piedad ostentas,
con salirme hoy al camino
en defensa de ese anciano?
Pues mal, cuando yo le sigo,
solicitas tú ampararle.

FE: No, Fiera, lo solicito,
porque el triunfo de su Fe
no conste de tu homicidio,
sino por dar tiempo al tiempo,
en que quizá el sucesivo
curso de uno, y otro día
mejore el rigor esquivo,
y salga con él triunfante
de estos montes, que hoy habito,
ciudadana de sus breñas,
cortesana de sus riscos,
a coronar de mis sienes
los ahora ajados rizos,
de rosas, que en Jericó
dexó en cándido rocío
de las más intacta aurora,
de sus vírgenes capillos,
aljofaradas a perlas,
y matizadas a lirios;
en cuya salida espero,
que quede al futuro siglo
mudado el nombre al Sorato,
este bárbaro obelisco,
en el de Silvestre Alcázar
por Silvestre, a quien abrigo
en sus senos, como padre
de mis desterrados hijos.

GENT.: Porque de esa escaza luz,
aun no te alumbre un resquicio;
escucha (ya que no ves)
tú también los repetidos
ecos de ese horrible estruendo.

(Suenan cajas)

CONST.: (*Dent.*) Júpiter, tu favor pido.

MAX.: (*Dent.*) Marte, tu favor invoco.

UNOS: ¡Viva el grande Constantino!

OTROS: ¡El grande Maxencio viva!

FE: Ya lo escucho, y ya imagino,
que me lo acuerdas, a causa
de pensar, que agradecido
el que quede vencedor,
cumpla los votos, que hizo
a tus falsos dioses, siendo
en profanos edificios
cristianas vidas cruentas
victimas y sacrificios.

Mas si Constantino vence,
podrá ser, que más benigno
revoque el voto.

GENT.: ¿De qué
lo indicias?

FE: Lo indicio
de que ya Elena su madre
en Bretaña ha recibido
aquella indeleble marca
del carácter del bautismo;
y en fiel peregrinación
parte el Soberano Olimpo
de la Gran Jerusalén,
en busca del sacro ligno,
que fue antidoto al veneno
del Arbol del Paraíso;
con cuyo exemplar, no dudo,
que a sus instancias movido
Constantino.

GENT.: Calla, calla,
que al escucharlo, al oírlo
tiembla el pecho, duda el labio,
fallece el aliento, el brío
se estremece, el corazón
flaquea, delira el juicio,
y en las fieras confusiones
con que voy a hablar, y gimo,
una mordaza, en la lengua;
en la garganta, un cuchillo;
en las entrañas, un áspid,
y en la vista, un basilico;
Etna soy, rayos arrojó;
volcán soy, llamas respiro;
Elena (¡muero al pensarlo!)
cristiana (¡rablo al decirlo!)
en busca (¡qué sentimiento!)
del madero (¡qué delirio!)
que sepultado (¡qué pasmo!)
yace oculto (¡qué conflicto!)

peregrina va (¡qué asombro!)
a Jerusalén (¡qué abismo!)...;
pero, ¿qué mas desaliento?)
¿Qué me ahogo? ¿Qué me aflijo
al ver en mi religión
sospechoso a Constantino?
Cuando veo, que su campo
deshecho, roto y herido;
porque ya del mar la gente
toma tierra en sus distritos,
se pone en fuga, diciendo
los estruendos más distintos.

(*Suenan cajas*)

UNOS: (*Dent.*) ¡El grande Maxencio
[viva!

OTROS: ¡Viva; y muera Constantino!

FE: Aunque de la lid le veo
salir, dexando perdido
el trance de la batalla,
no por aqueo desisto
de mi esperanza.

GENT.: ¿En qué puedes
fundarla?

FE: En ver a dos visos
hacerse de lo historial
alegórico sentido.

GENT.: ¿De qué suerte?

FE: Oye: Oíd
cuantos a mi voz convido,
que a todos toca entenderlo,
y a mí no más que decirlo.
En Constantino, que César
es de Roma, magnífico
al hombre en común; pues tiene
del orbe el mayor dominio:
que será Hijo de la Iglesia,
fundo en ser de Elena hijo;
pues la Iglesia es la que va
buscando la Cruz de Cristo:
Maxencio, en síncope Magio,
su más opuesto enemigo,
es aquel monstruo, que usando
de sus mágicos hechizos,
el nombre acredita, pues
siempre es fantástico el vicio.
Esa real lid, en que ahora
se significa vencido,
es aquella primer lid
del pecado, en que cautivo
quedó; y pasando a actual
el Original delito,
naciendo en él, creció en tí:

con que en claro silogismo,
vienes tú a significar
su culpa; a escapar herido
hacia esta parte, es venir
buscando quizá mi abrigo,
siendo, como soy, la Fe;
porque en la frase que sigo,
yo sola no mudo nombre,
pues siempre soy la que he sido,
y he sido la que he de ser:
con que juntos los sentidos
de Historia y Alegoría,
siendo el hombre Constantino,
esa lid, su lid primera,
esa ruina, su castigo,
es Maxencio, su Demonio,
tú su culpa, yo su alivio.

GENT.: Porque veas, que no temo
los Misterios escondidos
de tu voz a las dos luces
el argumento prosigo,
animando contra ti
las escuadras. Ea, altivos
espíritus (que hacer quiero
la metáfora) malignos,
muera Constantino.

Todos. ¡Muera!
(Yéndose los dos a sus carros).

FE: Ve a buscar sus precipicios,
que yo iré a buscar sus dichas.
GENT.: Destruirále el poder mío.
FE: Ampararále mi cielo.
GENT.: Desposeeránle mis bríos.
FE: Poseeránle mis piedades.
GENT.: Contagio son mi suspiros.
FE: Antídoto mis alientos.
GENT.: Ni los recelo, ni estimo.
FE: Ni los dudo, ni los temo.
GENT.: Pues ve a prevenirle auxilios.
FE: Pues ve a prevenirle ruinas.
GENT.: Que en su ofensa.
FE: Que en su abrigo.
GENT.: En su oprobio.
FE: En su reparo.
GENT.: Su persecución.
FE: Su asilo.
GENT: Has de mirarme.
FE: Has de verme.
GENT.: Cuando escucho
FE: Cuando miro.
GENT.: Decir el eco en estruendos.

FE: Repetir el aire a gritos.

(*Ellas fuera, y todos dentro*).

Todos: ¡El grande Maxencio viva,
viva, y muera Constantino!

Vanse las dos, y sale CONSTANTINO en lo alto
en un caballo; baja al tablado cayendo,
y el caballo se vuelve a subir

CONST.: Muera Constantino, pues
desigual el hado quiso,
que siempre el ajeno triunfo
conste de ajeno peligro.
Menos piedad a los Dioses
debo, oh alado hipogrifo,
que a ti; pues cuando de tantas
flechas, como a su albedrío
traen encomendando al dueño,
ninguna encuentra conmigo.
Tú despeñado me arrojas,
desde la cumbre, al abismo;
porque no deba a su ceño
más piedades, que a tu instinto:
¡Mas ay! Que aunque me despeñas,
tampoco tu precipicio
conmigo acaba, mostrando,
que caída no ha tenido
de qué morir, quien no muere
cuando cae de sí mismo
Roto, y deshecho mi campo
de la fuga se ha valido,
sin que me quede esperanza
de que a mi voz reducido
vuelva a empeñarle de nuevo
por la distancia, que ha habido
donde él se ampara, y yo caigo,
en cuyo intrincado sitio,
a pie, fatigado, y solo,
sin luz, sin senda, y sin tino,
imagen soy del primero
Padre, pues desposeído
del Imperio de mi Patria,
ni sé qué vereda sigo,
ni qué nueva región es
la que sin mi propio arbitrio
me da a la elección del hado,
la discreción del destino.
Y más, si atiendo que cuando
abrojos, y espinas piso,
sólo lo que lloro bebo,
solo aliento lo que gimo;

que es alimento de un triste
 el manjar de los suspiros.
 ¿De quién (¡ay de mí!) podré
 informarme? No diviso
 huella, que de bruta planta
 no sea; no veo camino,
 que enmarañado no esté
 de armadas zarzas y espinos:
 Voz no se escucha en el viento,
 que ya que no seas bramido
 de inculca fiera, no sea
 de funesta ave caistro.
 Aun las hojas, los cristales,
 ya en las copas, ya en los riscos,
 alternando consonancias
 de cláusulas y gemidos,
 hacen, que todo sea pasmo,
 todo horror, todo prodigio,
 todo susto, todo pena,
 todo asombro, nada alivio.
 ¿Quién a Constantino (¡Cielos!)
 en tan desierto retiro
 ayudarle podrá? ¿Quién
 ampararle?

Mús.: (*Dent.*) Constantino.

CONST.: Constantino dixo el viento:
 Voz; sino es que yo te finxo,
 (porque suele ser la idea
 idioma del afligido)
 si Constantino es quien pide
 el favor, ¿cómo le has dicho
 que Constantino podrá
 valerse a sí? Y pues repito
 yo la pregunta, repite
 tú la respuesta. ¿Quién (digo)
 a Constantino (otra vez)
 valer podrá?

Mús.: (*Dent.*) Constantino,
 porque nadie vale más
 al hombre, que el hombre mismo.

CONST.: Oráculo de los montes,
 que con armonioso aviso
 empezando por proverbio,
 acabas por vaticinio;
 ya que me das la respuesta,
 no me niegues el indicio:
 ¿Yo a mí he de salvarme?

Mús.: Sí

CONST.: ¿Con qué favor?

Mús.: El divino.

CONST.: ¿No está en Júpiter, a quien

en la batalla he ofrecido
 víctimas y altares?

Mús.: No.

Aparece un Angel en un iris con la Cruz en
 la mano, y no hace más que salir, y pararse
 en el aire

CONST.: ¿Pues dónde está?

ANG.: En este signo.

CONST.: ¿Qué hermoso raudal de rayos
 es aquel, que en el vacío
 del vago imperio del aire
 sangra a luces el Empíreo,
 ardiente rasgo de nácar,
 que verde, roxo y pajizo,
 en mi deshecha fortuna
 ser iris de la paz quiso,
 desabrochando del seno
 purpúreas hojas de vidrio,
 iluminadas a líneas,
 tornasoladas a visos?

En segundo día, segundo
 Sol, añade al cristalino
 campo azul, que en escarceos
 de nunca vagados giros,
 a fuerza de rayos ciega.
 Si fue de la luz oficio
 siempre alumbrar, con la luz
 ¿quién ha visto, no haber visto?
 Bien, que a despecho de tanto
 resplandor, como registro,
 formada cruz veo de fuego,
 que en el diáfano zafiro,
 cielo agregado de estrellas,
 hermoso tropel de signos;
 por nuevo astro, nueva imagen
 colocan. ¿Por dónde vino,
 cómo o cuándo, a ser hoy trono
 el que ayer era suplicio?
 Si Elena mi madre, ¡Cielos!
 (como algunos han escrito)
 a buscar va la Cruz; ¿cómo
 viene por nuevos caminos
 la Cruz a buscarme a mí?
 Y pues yo no lo averiguo;
 ¿qué quiere decirme (¡oh raro
 carácter, que no he entendido!)
 de tu sacra astrología
 el soberano designio?

(*Va pasando el Iris por el aire
despacio, y canta el Angel.*)

ANG.: (*Cantando*). Que pues nadie vale
[más

al hombre, que el hombre mismo,
y sólo puede amparar
Constantino a Constantino;
debaxo desta bandera
te alista, con cuyo auxilio,
poniendo en orden tu gente,
volverás a verte invicto,
porque si tú a ti te vales,
usando de tu albedrío...

MÚS. y ANG.: En la señal de la Cruz
vencerás tus enemigos.

CONST.: Breve exhalación, aguarda,
y antes que desvanecido
tanto esplendor en pavesas,
dexe a obscuras mis sentidos;
dime, o inspírame, ¿cómo
de un imaginado ligno
tengo de ampararme?

ANG. (*Cantando*) Haciendo
que digan todos contigo
al entrar en la batalla.

CONST.: ¡Absorto estoy al oírlo!

ANG.: (*Cantando*) Por la Señal de la
[Cruz,

que en líneas de fuego he visto,
líbranos, Señor,
de nuestros enemigos.

CONST. Yo, yo lo haré, y reduciendo
los tercios que fugitivos
son, en derrotadas tropas,
perdonados desperdicios
del furor; volveré, haciendo
que oiga todo este distrito
decir allí al vencedor,
repetir aquí al vencido,
de tu música al compás
y de sus caxas al ruido.

Suenan cajas y música, que canta el mote del
ANGEL todo junto, y cúbrese la apariencia del
ANGEL, y vase CONSTANTINO, y sale MA-
XENCIO,

vestido de romano

Dentro: ¡El grande Maxencio viva,
viva, y muera Constantino!

CONST. y MÚS.: Por la Señal de la Cruz

que en líneas de fuego vimos,
líbranos, Señor,
de nuestros enemigos.

DENTRO: ¡El grande Maxencio, viva!

TODOS: ¡Viva, y muera Constantino!

MAX: ¡Ea, soldados!, seguid
el alcance, que festivo,
no tanto el aplauso vuestro
me engrandece; porque dixo
que viva Maxencio, cuanto
porque muera Constantino;
que si allá la fantasía
de no sé qué discursivo
(concepto) quiere que sea
su más opuesto enemigo,
no sólo en la historial; pero
en lo no historial, su juicio
quiero complacer; y así,
sañudos, fieros, e impíos
su alcance seguid, sin que
le perdonéis compasivos
vida ninguna de cuantas
en su milicia han nacido.
Paguen todos de su dueño
la culpa de haber salido
de la Corte, en que se vio,
a hacer batalla conmigo,
a la campaña del mundo:
Conozcan todos, que vino
de los campos del Oriente,
(también su patria) un Caudillo,
que en los de Occidente supo
sujetarlo, y rendirlos,
no sólo vasallos; pero
tan esclavos, tan cautivos,
que sea el hierro de sus frentes,
el padrón de mis registros.

SOLD.: Ya en su seguimiento todos
se empeñan, tan vengativos,
que una vida no perdonan.

MAX.: ¡Cuánto me huelgo de oírlo!
Veamos si la astrología
de algún abrasado signo,
mal entendido de mí,
con ser yo quien ha entendido
esos astros, de manera,
que obediente a mi arbitrio,
tal vez los traxe a mi mano
de sus claros epiciclos,
arrancando los errantes,
ya que no pude los fixos;
por quien de mago (que quiere

decir sabio) el apellido
corrompió el nombre de Maxencio;
cumple el influxo, en que dixo,
que sería Roma Silla,
Dosel, Curia, Emporio y Sitio
de la Corte de la Fe;
pues una vez conseguido
este triunfo, y una vez
entrando yo en ella invicto,
claro es, que no la ha de ser.

Dentro, ASTREA villana, y ZABULÓN, judío

ASTR.: Sí ha de ser.

ZAB.: No ha de ser, digo.

MAX.: ¿Qué oigo? Mas sin duda acaso
sería; y así prosigo.
porque ¿quién podrá quitarme
derrotado Constantino,
que Roma mi Corte, sea,
y él mi vasallo?

ASTR.: (*Dent.*) El Bautismo
ha de recibir.

ZAB. Primero
le daré muerte.

MAX. Preciso
es ya hacer caso del caso;
mirad, qué voces, ¿qué ruido
es ese?

SOLD. Allí una villana,
que en los brazos trae un niño,
huyendo viene de un hombre.

Sale ASTREA con un niño en los brazos
y ZABULÓN tras ella

ASTR.: Que ha de ser cristiano afirmo
hoy aunque os pese.

ZAB. Aunque os plazga.
no ha de ser, sino judío,
que es quitarle su remedio,
pues es quitarle ser rico.

ASTR.: ¿Habéisle parido vos?

ZAB.: Yo no sé si le he parido,
pero él no ha de ser cristiano.

ASTR.: Sí ha de ser.

SOLD. Teneos, oíos.

MAX.: ¿Qué es esto?

ASTR. Yo lo diré.

ZAB.: Eso no: yo he de decirlo.

ASTR.: Mujer deste sempre so.

ZAB.: Desta sempre so marido.

ASTR.: Dionos este hijo el cielo.

ZAB.: La tierra nos dio este hijo,
que aunque fuera paz de otros,
es de nosotros litigio.

ASTR.: Porque yo, que so cristiana,
que lo sea solicitó.

ZAB.: Porque yo, que so hebreo,
quiero que sea hebreico.

ASTR.: Y aunque ha tanto que nació.

ZAB.: Por temor de los edictos.

ASTR.: No le dí hasta ahora la fe.

ZAB.: Creyendo, que Constantino.

ASTR.: Que es el más piadoso César.

ZAB.: De cuantos hasta hoy ha habido.

ASTR.: Alce la pena de muerte.

ZAB.: Pero viéndole vencido.

ASTR.: De ese diablo de Maxencio.

ZAB.: De ese Maxencio maldito.

ASTR.: Que vino a turbar su tierra.

ZAB.: Sin saber de dónde vino.

ASTR.: Y que el favor de su gente.

ZAB.: Ni aun al albergue pajizo.

ASTR.: De las faldas del Sorato.

ZAB.: Le dexó por escondido.

ASTR.: O le perdonó por pobre.

ZAB.: Antes que llegue el cochillo.

ASTR.: Quiero que cristiano sea.

ZAB.: Y así, echa por esos trigos.

ASTR.: Buscando a Silvestre.

MAX.: Calla,
villana.

ZAB.: ¡Cuánto le estimo
que me la riña!

MAX. También
calla tú.

ZAB. ¿Es usté testigo
de alquiler, que han de pagarlo
el cristiano y el judío?

MAX.: Soy quien de vuestra cuestión
las voces han ofendido
con necios presagios.

ASTR. Pues
yo, ¿qué he dicho?

ZAB. Yo, ¿qué he dicho?

MAX.: No sé, no sé; pero entrambos
pagaréis el vaticinio.

LOS DOS: ¿Qué es vatorillo?

MAX. Mas no
es bien mirarme ofendido
por no ahuyentar los demás,
hasta que al ver conseguido

el triunfo, acabe de un golpe
 con todo este forajido
 bando de la Fe: quitaos
 de mi presencia; idos, idos.
 ASTR.: ¡Válamos Dios!, ya no vamos.
 ZAB.: ¡Válamos Dios!, ya nos imos.
 MAX.: Primero que mi furor
 segunda vez vuelva a oiros.
 (Caja)
 UNOS.: (Dent.) ¡Arma, arma!
 OTROS.: ¡Guerra, guerra!
 ZAB.: ¡San Moisem!
 ASTR.: ¡San Jesv-Cristo!
 MAX.: ¿Qué nuevo alboroto es este?
 ASTR.: Zabulón podrá decirlo.
 ZAB.: Más mejor lo dirá Astrea.
 (Cajas.)
 DENTRO.: ¡Viva el grande Constantino!
 CONST.: (Dent.) No digáis que viva yo,
 sino id diciendo conmigo:
 Por la señal de la Cruz,
 que en líneas de fuego vimos.
 MÚS.: Por la señal de la Cruz,
 que en líneas de fuego vimos.
 DENTRO.: ¡Arma, arma, guerra, guerra!
 ¡Viva el grande Constantino!
 MÚS. Y CONST.: Libranos, Señor,
 de nuestros enemigos.
 MAX.: ¿Qué será una novedad
 tan grande, como que a un mismo
 tiempo entre trompas y caxas;
 dulces músicas oímos?
 Ved que es eso.
 GENT.: (Sabiendo.) Generoso
 Maxencio.
 LOS VILLAN. ¿Maxencio dixo?
 ASTR. ¡Ay!, que yo le llamé diablo.
 ZAB.: Maldito, yo.
 GENT. Constantino,
 habiendo sus desmandadas
 tropas juntado, ha querido
 volver al sangriento trance
 de la lid, en Fe movido
 de una señal, que en el cielo
 dice esa canción que ha visto.
 Sale al paso, antes que al verte
 en su oposito remiso,
 cobre crédito una vaga
 impresión, que quizá ha sido
 encendida exhalación,
 y ellos piensan que es auxilio,
 a cuyo efecto (bien como

allá con el Arca vimos
 clamar al Pueblo) han mezclado
 con el furor el cariño,
 con el sombro el concepto
 y con el estrendo el himno.
 MAX.: Heroica Gentilidad,
 si en mi favor el aviso
 traes, ofendida de que
 sospechoso tu divino
 culto en Constantino está,
 por Elena y por él mismo,
 yo te haré vengada de ambos.
 ¡Al arma, soldados míos!
 VOCES: (Dent.) ¡Allí está Maxencio!
 [¡Muera!
 TODOS: ¡Muera, y viva Constantino!
 CONST. (Dent.) Para que él muera y
 [yo viva,
 vuelva la voz al principio.
 MÚS.: Por la señal de la Cruz, etc.
 TODOS: ¡Arma, arma! ¡Guerra, gue-
 [rra!
 ASTR.: En tanto que la batalla
 los empeña, huir solicito.
 NIÑO: Vamos, madre, no me maten
 antes que tenga el bautismo.
 (Vase.)
 ZAB.: Porque no me den con algo,
 a esta parte me retiro,
 que basta ser judío bobo,
 sin ser infeliz judío.
 (Escóndese.)
 GENT.: Yo entre los dos tengo (¡ay cie-
 [los!
 pendiente el alma de un hilo.
 Sale CONSTANTINO
 CONST.: Ahora verás mi valor,
 pues cuerpo a cuerpo te embisto.
 MAX.: Y tú el mío verás; pero
 ¿qué resplandor traes contigo,
 que me deslumbra?
 (Riñen los dos y canta la Música)
 CONST.: ¿Qué es esto?
 ¿Tu tiemblas?
 MAX. ¿Qué mucho el frío
 me dé, si ser el rugiente
 león que sale a los caminos
 buscando a quién devorar
 Pedro en su epístola dijo?
 Mas, ¡ay infeliz!, que no

la causa de mi rugido
es la ocasión de la fiebre,
sino aquel astro que miro,
que impreso en el aire forma
la viva imagen de Cristo.

¡Soldados, a retirar!

Vea el mundo, a pesar mío,
que el triunfo de vencedor
pasó a infamias de vencido,
siempre que oigo armado al hombre
decir...

CONST.: Repetid, amigos.

EL, TODOS Y MÚS.: Por la señal de la
[Cruz,

que en líneas de fuego vimos,
libranos, Señor,
de nuestros enemigos.

(Retíranse los de MAXENCIO, y
los de CONSTANTINO tras ellos.)

GENT.: ¿Qué mucho (¡ay de mí!) que al
[mar

vuelva huyendo, si el vestigio
es del mar, que vio de él Juan
salir, gimiendo a bramidos
con faz de león? Mas ¿quién,
siendo él el león, ha visto
que padezca la cuartana
y a mí me dé el parasismo?
Pero por más que en Constantino esté
tan declarada contra mí la Fe,
centellando vislumbres de su luz
ese vago carácter de la Cruz,
que en el aire se vio,
no ha de valerle, que mañosa yo
sabré prevaricar
su auxilio, no dejándole juzgar
que se le debe a él
el restaurado honor de su laurel,
sino al voto (¡ay de mí!)
que hacer primero a Júpiter le oí,
aplaudiendo su acción
la vanidad de mi superstición.
Hermosura gentil,
que en la estación de su florido abril
pendiente en Roma hasta saber estás
si quedas libre o si cautiva vas.

MUJ.: (Dent.) ¿Qué pretendes nos, di?

GENT. Que albricias den
vuestras dichas, haciendo en parabién
de aquella amenazada esclavitud,
que el salterio, la citara y laúd
saluden con su métrica veloz

a Constantino; en una y otra voz
cante la gala a Júpiter, por quien
vuestros hijos se ven
libres ya de aquel bárbaro adalid.

Salen todas las mujeres con flores e instru-
mentos; una trae en una fuente una tiara,
otra un cetro de tres cruces, y otra un manto
carmesi

A recibirle, pues, todas venid,
y con tonos y bailes le llevad
al templo, donde deis a su deidad
las gracias, matizando su laurel
a tan glorioso fin
con nieve la azucena y el jazmín,
con púrpura la rosa y el clavel.

MUJ. 1.^a: De nuestro afecto fiel
los extremos conozca, ya que allí
triunfante viene; y yo, pues siempre
[vi

que Roma consagró
una corona al que campal venció,
otra al de sitiador, otra después
al que su patria libra, de las tres
una tiara imperial labrada traigo.

MUJ. 2.^a: Un cetro yo, a ella igual,
hecho de tres también.

MUJ. 3.^a: Yo, la púrpura sacra.

GENT.: El parabién
empiece pues; y pues la Culpa soy,
en la clara metáfora que hoy
va del Mundo al teatro, yo le haré
borrar la Culpa el mérito a la Fe.

Suena la caja, y sale CONSTANTINO con los
que pueda, marchando

ZAB.: Ya que de uno a otro instante veo
[el pesar
vuelto en placer, al baile he de ayudar,
que no hay mujer ni hijo donde hay
[son.

(Cantan y bailan delante de
él arrojando flores.)

Todos: Vaya de fiesta, música y can-
[ción.

MUJ. 1.^a: (Cant.) En hora dichosa venga
nuestro César vencedor
a dar las gracias al templo
de Júpiter nuestro Dios.

TODOS: (*Cant.*) Venga en hora dichosa
[ciñendo su honor,
porque todo sea rayos, los rayos del
[Sol.

CONST.: ¡Qué bien suenan a mi oído
(*Cruzado.*)
los aplausos cuando atento
a mis victorias su acento
clarín de mi fama han sido!
Aunque no sé si he debido
a Júpiter el favor.

TODOS: (*Cant.*) Venga en hora dichosa,
[ciñendo su honor.
porque todo sea rayos, los rayos del
[Sol.

GENT.: Ya que a aquel templo eminente
[te

de Júpiter soberano
te va guiando no en vano
la aclamación de tu gente,
es bien que cumplas el voto
que en la batalla te hiciste.
Y aunque en él le prometiste,
piadosamente devoto,
que de víctimas humanas
el sacrificio sería,
en tanto que llega el día
de cumplírsele en cristianas
vidas, en prendas le den
por ahora satisfacción,
el culto y la adoración,
pues fue el gran Júpiter quien
te dio aquel rayo, que ves
brillar, ostentando ufano
que Júpiter soberano
el Dios de los rayos es
que a tus contrarios deslumbra,
pues no sólo serio arguye
cuando con ellos destruye,
pero también cuando alumbra;
y pues Júpiter le encumbra
a la eminencia mayor...

TODOS: (*Cant.*) Venga en hora dichosa.

CONST.: Hermosa Gentilidad,
ya lo que te debo sé;
mas si imagen de Cruz fue
la que vio la raridad
del aire, siendo una nube
iris triunfal de la Cruz,
¿cómo creeré que la luz
de ajena deidad no tuve?

GENT.: Creyendo que exhalaciones
saben burlar aparentes,
dando formas diferentes,
sus fáciles impresiones.

¿Quién en arreboles, que
transforman los horizontes,
tal vez ciudades, tal montes,
no se persuade que ve?

¿Tal ondas del mar, en cuyo
boreal objeto, tal vez,
finge el mostruo, el ave, el pez?

Luego claramente arguyo
que fue un acaso era rara
Cruz que viste. Y bien no fuera
que a un Dios el voto se hiciera
y que a otro le iluminara.

Y así, ven donde a su umbral
ciñas, con que su Fe abronca,
corona de tres coronas:
mural, cívica y campal.
(*Toma la corona la GENTILIDAD
y espérala con ella, y él va acer-
cándose, y todas bailan.*)

CONST.: Dices bien, y pues cumplir
a él debo el voto, no quiero
la imagen de un vil madero
la victoria atribuir.

Y así, podéis proseguir
al gran Júpiter el loor.

TODAS: (*Cant.*) Venga en hora
[dichosa, etc.

MUJ. 1ª: (*Cant.*) En hora dichosa venga
nuestro César vencedor
a dar las gracias al templo
de Júpiter nuestro Dios.

MUJ. 2ª: En hora dichosa venga,
entre uno y otro blasón,
feriendo sustos de ayer
a seguridades de hoy.

MUJ. 3ª: En hora dichosa venga
a dar, en satisfacción
de sus triunfos, sacrificios
a quien los triunfos le dio.

TODAS: Venga en hora dichosa, etc.
(*Al irse a poner la tiara em-
pieza a temblar*)

CONST.: Suspended la voz,
si ya vuestros dulces sonoros acentos
festivos aplausos de mi aclamación,
no glosan el mérito, no trovan el rit-

[mo,

diciendo, al mirar que abrasándome
 [estoy,
 que todo sea rayos, pues todos los son.
 TODAS: ¿Qué es esto?
 GENT.: No sé, que solo se deja
 mirar que le aflige algún grave dolor,
 pues como furioso sus manos se muer-
 [de
 y el pecho se rasga.
 TODAS: ¡Qué gran confusión!
 CONST.: ¿Qué súbito (¡cielos!) mortal
 [accidente
 es este (¡ay de mí!) que al alma le
 [dio
 tan grave, que pienso que dentro del
 [pecho
 se me ha hecho pedazos todo el cora-
 [zón?
 ¡Piedad, que me hieló! ¡Piedad, que
 [me abraso!
 ¿Quién en un instante, en un punto
 [quién vio.
 Vesubio de fuego, cubierto de nieve.
 ardiendo del pasmo, pasmar del
 ardor?
*(Métese las manos en el pecho
 y sácalas ensangrentadas.)*
 Las manos, que al pecho apliqué por
 [alivio
 (en cualquier congoja natural acción),
 del pecho las saco cubiertas de lepra.
*(Mánchase con las manos la
 cara al segundo verso siguiente.)*
 ¡Oh, quien por no verlas, con asco y
 [pavor
 los ojos cegara! Mas, ¡ay!, que al
 [contacto,
 que a ellas del pecho el daño pasó,
 también desde ellas al rostro se pasa,
 según hasta el rostro se extiende el
 [dolor.
 ¿Qué es esto, fortuna? ¿Tan presto a
 [la dicha
 de aquella victoria pagué la pensión?
 Mas ¿cuándo (¡ay de mí!) el contento
 [de ayer
 anuncio no es del llanto de hoy?
 Quitad la tiara, la púrpura y cetno,
 que ya no capaz jeroglífico son
 de triunfo, que en sí contiene tres y
 [uno,
 guardadas quizá para dueño mejor.

ZAB.: Detente, señor, porque inficio-
 nado
 a todos nos pones espanto y pavor.
 MUJ. 1^a: Huid de su aliento.
 MUJ. 2^a: Huid de su vista.
 MUJ. 3^a: ¡Qué estrago!
 MUJ. 4^a: ¡Qué pena!
 MUJ. 5^a: ¡Qué asombro!
 TODAS: ¡Qué horror!
 CONST.: Oid, esperad, no os asuste el
 [mirarme
 amigos, vasallos.
 ZAB.: Yo soy Zabulón,
 y los Zabulones, vasallos ni amigos
 de nadie en el mundo se cuenta que
 [son.
 CONST.: ¿Por qué huyes de mí?
 ZAB.: Porque tiene una cara
 aun peor que esta mía, según la dejó
 manchada el contagio, y si me le pega,
 por mala que es, será peor que peor.
 (Vase.)
 CONST.: Los mismos (¡ay triste!) que
 [el triunfo aplaudían,
 el daño recatan; conque otra vez
 [soy,
 imagen segunda del Padre primero,
 pues todos me dejan.
 GENT.: Si no sola yo.
 CONST.: Pues si eres sola quien sólo
 [me asiste,
 ¿sabrásme decir de la ansia en que
 [estoy
 la causa, pues eres, ¡oh Gentilidad!,
 tan sabia?
 GENT.: Sí, escucha.
 CONST.: Prosigue.
 GENT.: Atención.
 Allá el hebraísmo en el Génesis cuenta
 que incrédulo estaba Moisés de su
 [Dios,
 pidiendo señal, cuando él le mandaba
 hablar de su parte al Hey Faraón;
 y entre otras señales de vara y ser-
 [piente,
 meter en el seno la mano mandó,
 saliendo, al sacarla, cubierta de lepra.
 Después en Giezi también explicó
 la lepra la Culpa: y luego en María,
 del mismo Moisés hermana, y de
 [Aarón;

pues al murmurarles se cubrió de le-
[pra.
¿Y que más lugar para explicación
de que signifique la lepra la Culpa,
que oír a Isaías también de su Dios,
que como leproso sería reprobado,
adonde se entiende, como pecador?
Pues si esto es así, y que incredulida-
[des
los dioses castigan con esa aflicción,
¿quién duda de aquella que acaso tu
[viste,
infiel, presumiendo Cruz la exhalación,
Júpiter castiga? ¿Y aun en dos sen-
[tidos?
CONST.: ¿Y cuál es el otro (¡ay de mí!)
[de los dos?
GENT.: ¿Víctimas humanas no fueron
[aquellas
que tú le ofreciste?
CONST.: Sí.
GENT.: Pues la razón
de que dilates hoy el sacrificio,
tratando primero tu coronación,
es causa de que (porque sangre de-
[rrames)
te dé mal, en que ella el remedio es
[mayor.
La lepra con sangre humana se cura,
y darte la lepra es decir su atención,
que tu conveniencia y su sacrificio
te dé a ti salud y a él adoración.
Haz, pues, que a sus aras en púrpura
[humana
derrame piadoso cuchillo el rumor
de aquellos que aun tiernos infantes
[hasta ahora
su primer puericia la edad novició.
Con que se consigue que a Júpiter
[cumplas
el voto, y cogiendo el purpúreo candor
en vasos, podrás, bañandote en ellos,
el culto sanear, sanar la infición.
CONST.: Bien dices; y al punto de todo
[mi Imperio,
que el bando se eche, el registro dis-
[pón,
pues menos importa que muera ino-
[cente
el numeroso inmenso de infante es-
[cuadrón.

que no que faltando al voto, no sane
(Vase)
deste asco, este asombro, este pasmo
[este horror.
GENT.: ¡Que presto verás cómo yo te
[obedezco!
¡Noticia!
NOT.: (Sale.) ¿Qué quieres?
GENT.: Que pues que tu voz
es aliento que hurtado a la fama
discurre sutil de región en región,
bien como real pragmática hagas,
de cajas al ruido, de trompas al son,
que en ecos te oiga el confín del Im-
[perio,
diciendo el edicto en voz de pregón:
Que toda la infancia sus padres regis-
[tren,
que así de los dioses conviene el honor,
y así a la salud conviene del César,
aunque a mis rencores dijera mejor.
NOT.: Tú verás en mi acento sus ecos
cuando hoy la noticia discurre veloz.
(Cantando.)
¡Hola, hau, ah del aire!
CORO 1º: (Cant. dent.) ¡Ah del aire!
CORO 2º: ¡Ah del aire!
NOT.: Oíd, escuchad y a mi voz.
CORO 1º: A mi voz.
CORO 2º: A mi voz.
NOT.: Clarín sean las aves, ganando el
[silencio.
CORO 1º: Clarín sean las aves, ganando
[el silencio.
NOT.: Las copas sean cajas, perdiendo el
[rumor.
CORO 2º: Las copas sean cajas, perdiendo
[do el rumor.
NOT.: Atención.
TODOS: Atención.
NOT.: Venga a noticia de todos
que el Supremo Emperador
manda que la tierna infancia
llegue a registrarse hoy,
porque de los altos dioses
así conviene al honor
y a la salud de su vida
hacer piedad el rigor.
Sale MAXENCIO, vestido de marinero,
ovendo la música
MAX.: ¿Por qué de los altos dioses

así conviene al honor
y a la salud de su vida
hacer piedad el rigor?

NOT.: (*Cant.*) Y porque al compás de
[clarines y cajas.
ninguno en su Imperio ignore el pre-
[gón,
clarín sean las aves, ganando el silen-
[cio,
las copas sean cajas, perdiendo el ru-
[mor.
(*Vase.*)

TODOS: (*Cant.*) Clarín sean las aves
[ganando el silencio,
las copas sean cajas, perdiendo el ru-
[mor.

MAX.: Aunque huyendo fui de aquella
señal que en el cielo vi,
vuelvo disfrazado aquí,
menos temeroso de ella,
al oír que Constantino,
desperdiando el favor
de la Fe, al neutral horror
de lepra y Culpa, previno
convalecer con cruel
medicina; y así puedo
(pues perdió al auxilio el miedo)
volver a verme con él.
Bien que en traje diferente,
pues como fiera del mar,
marinero he de mostrar
que vencido infamemente
huyo del hombre en el día
que armado de la Cruz me hace
la guerra; y vuelvo, el que nace
de su culpa mi osadía;
porque de este testimonio
contra él la razón se arguya,
de que está en su mano que huya,
o que se acerque el Demonio.
Y pues le huí declarado,
he de intentar, descubierto,
dejarle a mis manos muerto,
introduciéndome osado
en su Palacio; con que
lograr mis triunfos no dudo,
pues ya leproso, ¿quién pudo
de mí librarle?

LAS MUJ.: (*Dent.*) La Fe
publica de la Justicia
nos quebranta Constantino.

MAX.: Segundo acaso previno

proverbios a mi malicia,
con que a arder vuelven mis llamas.
De este, pues, lo he de saber.

¿Adónde vas?

ZAB.: Voy a ver
la procesión de las amas;
porque apenas se oyó el eco
de no sé qué pregón, cuando
obedeciendo su bando,
cada cual con su muñeco,
madres e hijos mil a mil,
del gran Palacio a la Plaza,
van ellas con su mostaza
y ellos con su perejil.
Y así es bien que a verlo corra,
sin temor dolor tan grave,
que para uno que me cabe
de zapatos me lo ahorra:
malas noches, peores días,
ahitos, ojos, sabañones,
viruelas y sarampiones,
lombrices y alferecías.

Sale ASTREA con el niño

ASTR.: ¡Ay infelice de mí!

ZAB.: Dicho y hecho, mi mujer
esta es.

UNO (*Dent.*) No ha de valer
fuga ni ruego.

ASTR.: Si en ti,
marinero, hallar piedad
puede (¡ay de mí!) una afligida,
salva en el mar esta vida
de la bárbara crueldad
que me sigue.

MAX.: Mal podré,
cuando yo el primero soy,
que de tus entrañas hoy
el hijo te arrancaré
para entregarle al acero.

(*Al quitárselo se retira.*)

ZAB.: A muy buen puerto ha llegado.

MAX.: Pero ¡qué temblor me ha dado,
oh, infante, que al verte muerto
de asombro, espanto y temblor!

NIÑO: El agua que recibí,
sin duda vuelve por mí.

MAX.: Esa otra causa es mayor
para mi pena cruel.

ASTR.: Lleva, ya que no te muevas,

todo el corazón, pues llevas
el mejor pedazo dél.

MAX.: Suelta, que aunque no mi intento

logra en este la injusticia
muerto antes que la malicia
le mude el entendimiento;
con todo, me ha de servir
de introducirme con él,
como ministro que fiel
cumple el bando.

ASTR.: Antes morir
tengo. ¡Que a ti no te pese
de ver esto!

ZAB.: No, mojer,
que peor fuera querer
darme otro que quitarme ese.
Déjale.

ASTR.: Antes moriré.

NIÑO: Madre, no llore por mí,
que pues la Fe recibí,
por mí volverá la Fe.

(Vase MAXENCIO

con el NIÑO.)

ASTR.: ¿Cómo (¡ay infelice!) puedo
al quitarte de mis brazos
no llorar, si en dos pedazos
dividida el alma quedo,
sujeta al mortal desdén,
de ver que a Roma pasó
la persecución que vio
un tiempo Jerusalén?

ZAB.: Si cristiano no le hicieras
y judío le dejaras,
quizá más piedad hallaras
o más dichoso le vieras.

ASTR.: Esa fuera más esquivá
pena; que más quiero (es llano)
que muera mi hijo cristiano,
que no que en otra fe viva.
Y así en ella esperaré
(como él mismo repitió),
que pues la Fe recibió,
que vuelva por él la Fe.

(Vase.)

ZAB.: Esa esperanza te aliente,
y a mí la de huir, que no
estoy seguro, pues yo
soy también un inocente.
Pero ¿por donde he de echar,
si palacio, calle y plaza,
todo a tropas lo embaraza
el tumulto popular

de las mujeres? Diciendo
a gritos por la ciudad.

(Vase.)

MUJ.: (Dent.) ¡Misericordia, piedad!

Sale CONSTANTINO

CONST.: Cerrad al piadoso estruendo
de ese lamento las puertas,
que no le he de oír ni ver,
supuesto que no ha de ser
de efecto el que estén abiertas
a la voz, si no lo están
a la compasión.

MUJ.: (Dent.) Entremos
todas; quizá los extremos
de nuestro llanto podrán
piedad hallar.

OTRA: (Dent.) ¿Mejor no
será que por todas una
hable?

ASTR.: (Dent.) ¿Quién en tal fortuna
tomará ese cargo?

Sale la FE, vestida de luto y
suelto el cabello

FE. Yo,

yo, que madre más común
que todas soy; y así, debe
hablar por todos la que
más hijos que todas pierde.
Generoso Constantino,
cuyos sagrados laureles
manchados de sangre esconden,
entre lo rojo, lo verde.
La Fe pública de Roma
(bien que ahora más parece
la oculta Fe, pues no hay
quien de sus señas se acuerde),
arrastrando largos lutos,
y tanto, que porque llegue
a vestírselos el rostro,
aun el rostro la oscurecen
las desmelenadas trenchas
que desaliñan la frente;
bien como madre común
de tus afligidas gentes,
hoy a arrojarse a esas plantas
en nombre de todas viene,
diciendo a voces si es
que a sus lamentos atiendes.

MÚS. y ELLA: (Dent.) Piedad, señor, pie-
[dad, que no es decente

que viva un Rey con sangre de ino-
[centes.

FE: Si el cielo señor, por causas
que allá en sus archivos tiene
arcanamente escondidos,
sin permitir que los lleguen
a rastrear humanos ojos,
con el veneno te hiere
de ese inficionado achaque,
de esa pegajosa peste
(que símbolo del pecado
mancha del cuerpo, el alma ofende),
¿qué culpa tienen, señor,
mis hijos? ¿Qué culpa tienen
tus vasallos para que
valga una vida mil muertes?

ELLA y MÚS.: Piedad, señor, piedad, que
[no es decente
que viva un Rey con sangre de
[inocentes.

FE: De algún contagio ya vio
el Mundo cuánto se extiende
la infección, pues heredada
alcanza a sus descendientes;
pero también vio, señor
(ya que en ti se represente
aquella general ruina),
que hubo quien el daño enmiende.
Que muera por todos uno
sentencia fue que obediente
al Padre la aceptó el Hijo,
con ser el Rey de los Reyes.
¿Pues cómo, señor, pues cómo
en este ejemplar pretendes
(muriendo allá el no culpado
por los culpados) que truequen
aquí la acción tus edictos,
y los no culpados lleguen
a morir por el culpado?
No, señor; no señor; cese
del bando la ejecución
que es cruel inconveniente
que mueran todos por uno
cuando uno por todos muere.

ELLA y MÚS.: Piedad, señor, piedad, que
[no es decente
que viva un Rey con sangre de
[inocentes.

FE: Y puesto que los oídos
con menos afectos mueven
que los ojos, pues no tanto
lo que se escucha se cree

como lo que se ve, a cuya
causa el vulgo decir suele
que corazón que no ve
es corazón que no siente,
ponte a ese mirador, donde
verás de nobleza y plebe
la lástima con que a todos
tus rigores comprenden,
ya en los pechos, ya en los brazos,
verás arrancar pendientes
dos vidas en cada acción
con tan encontrada suerte,
que es entre amor y tristeza
de hijo y madre indiferente,
la que lo padece más,
la que menos lo padece.

Cuál, primero que la quiten
del pecho el hijo, pretende
que se vuelva a sus entrañas,
según con ellas le prende.
Cuál, que de esconderle trata,
no lo consigue imprudente,
pues el llanto del que esconde
denuncia della; de suerte
que a la que le guarda madre,
la declara delincuente.
Cuál, de la fuga se ampara;
cuál, de la ira se defiende;
cuál, del desmayo fallece;
y cuál, en fin, más constante,
persuade a todas que apelen
a tu piedad, reducidas
a que digan igualmente...

MÚS. y ELLA: Piedad, señor, piedad, que
[no es decente
que viva un Rey con sangre de
[inocentes.

Sale la GENTILIDAD

GENT.: Ya tienes
para el primer sacrificio.
Mas ¡que miro! ¡La Fe aquí!
Pero ¿qué me importa a mí,
si a sus desaires atiende,
que esté o no? Ya tienes digo,
en ese templo eminente
tres mil vidas destinadas
al cuchillo; ¿que hay que esperes
a que con el voto acabes
donde la cura empieces?

CONST.: Gentilidad, tus finezas

mis desdichas agradecen;
mas de suerte mis piedades
asquesa lástima mueve
(que sonando como llanto,
como música divierte),
que quiero morir primero
que ver que mi vida cueste
hoy tantas vidas.

GENT.: ¿Qué dices?

CONST.: Que no es justo, que en mí
[lleguen

a morir todos por uno,
cuando uno por todos muere.
Y pues que no es decente
que viva un Rey con sangre de
[inocentes,

volved al punto sus hijos
a sus madres; no se cuente
de Constantino que tuvo
las entrañas tan rebeldes,
que no las enternecieron
lágrimas de las mujeres.

GENT.: Pues ¿cómo?

CONST.: Nada me digas,
ni me arguyas, ni me acuerdes
cuánto a los dioses importa,
cuánto a mi salud conviene;
que no hay culto donde hay ira
ni vida dónde hay desdenes.
Mujer (que yo no conozco
ni sé hasta ahora quién eres),
di a las demás que su llanto
hace que piadoso acepte
la apelación: que sus hijos
cobren el materno albergue
de sus pechos y sus brazos;
que mis piedades no quieren
que mueran todos por uno,
cuando uno por muchos muere,
puesto que no es decente
que viva un Rey con sangre de
[inocentes,

FE: Otra vez, puesta a tus plantas,
humilde digo que esperes,
si ahora no me conoces,
que presto has de conocerme,
en fe de aquestas piedades.

GENT.: Furias, mi furor aliente;
ahora infernos, ahora.

CONST.: Pues para que mas se muestre,
dirás a todas que al mismo
tiempo que su llanto vence,

vence mi mal, pues postrado
a su venenosa fiebre,
desperdiando el remedio
siendo el daño más vehemente,
porque crezca la piedad
al paso que el dolor crece.
Y tanto, que fallecidas
las fuerzas al accidente
titubeadas las razones,
las palabras balbucientes,
retirados los alientos,
los pulsos intercandentes,
todo expira, todo yace,
todo pasma y todo hiere.
Pero muera yo (¡ay de mí!)
como muera de clemente,
antes que de fiera viva,
diciendo una y muchas veces:
No mueran todos por uno,
cuando uno por todos muere.
Piedad, cielos, piedad, que no es
[decente
que viva un Rey con sangre de
[inocentes.
(Cae)

Sale MAXENCIO

GENT.: A un paroxismo mortal,
helado letargo ardiente,
postrado cayó.

MAX.: Porque
yo disfrazado me acerque
a él, porque siendo este sueño
tan profundo que posee
todavía sus sentidos
inficionados, se muestre
cuánto se acerca el demonio
al hombre que en culpa duerme.

GENT.: Pues primero que se cobre,
ya que a tan buen tiempo vienes,
valido de los disfraces,
para que aquí dentro entres,
pase a muerte natural
esa condicional muerte.

(Saca un puñal)

MAX: Yo con este áspid de acero
te heriré el pecho. Con este
basilisco, yo, de bronce,
fuego a fuego haré que aumente.

Aparecen SAN PEDRO y SAN PABLO,
defendiéndole

MAX.: Pues ¿qué esperas?

GENT.: Pues ¿qué aguardas?

PEDRO: Tente, traidor.

PABLO: Fiera, tente.

PEDRO: Porque hombre que a la Fe oye.

PABLO: Porque hombre que a la Fe
[atiende.

LOS DOS: Las columnas de la Fe
desta manera defienden.

GENT.: Pablo, que después que fuiste
de la Gentilidad huésped
(cuando de romanos fueros
gozabas entre mis gentes),
te conozco, ¿que me afliges?

MAX.: Pedro, que desde que tienes
de tus tesoros las llaves,
tiemblo de ti, ¿qué me quieres?

PABLO: Que veas como los cielos
la Fe de Elena agradecen.

PEDRO: Que mires que la piedad
nunca en el hombre se pierde.

GENT.: ¿De qué modo?

PEDRO: De este modo.

MAX.: ¿De qué suerte?

PABLO: De esta suerte.

PEDRO: ¡Constantino!

PABLO: ¡Constantino!

(CONSTANTINO *entre sueños.*)

CONST.: Piadoso anciano, ¿quién eres?
¿Quién eres, divino anciano?

PEDRO: Pedro.

PABLO: Pablo.

CONST.: ¿Qué pretendes?

PEDRO: Pagarte con mejor baño
esa sangre que no viertes.

PABLO: Busca a Silvestre en Soraste,
y en el cristal de una fuente
lava esa lepra.

PEDRO: Con que
verá el mundo claramente
que la Lepra del Pecado,
pues la del cuerpo se entiende
ser hoy la Culpa del alma,
aunque con sangre inocente
se curó una vez, con agua
se cura ya.

PABLO: Porque cesen
los cruentos sacrificios.

PEDRO: Y los incruentios lleguen.

PABLO: A mostrar que de la Ley
de Gracia.

PEDRO: Es el yugo leve;
y para que al mismo tiempo
todo el mundo considere
que en el agua está la vida.

PABLO: Y no ya en sangre ni en muerte.
(Vanse los dos)

GENT.: ¡Estatua de fuego y hielo
quedé!

MAX.: ¡Yo de llama y nieve!

CONST.: Oye, Pablo; Pedro, escucha;
mas, ¡ay de mí!, ¿cómo puede
(Despierto.)

ser, viendo el bien, cuando duermo,

ver el mal, cuando despierte?

Pero ¿qué bien no es soñado?

Detente, Culpa; detente,

Pecado mío, que yo,

aun persuadido a que sueñe

todavía, he de creer

que el Cielo me favorece,

o ya en Fe de las clementes

instancias de Elena, a quien

tanto llanto mi amor debe.

Y así, huyendo de los dos,

iré a buscar a Silvestre,

a ver si vivo con agua;

supuesto que no es decente

que viva un Rey con sangre de ino-

[centes.

(Vase.)

MAX.: Sígueme, Culpa, pues que
antes que a bañarse llegue
aún es tuyo; y podrá ser
que en este intermedio deje
de creer aquel aviso,
que vio en sueños.

GENT.: Para ese
fin, se me ofrece una industria.

MAX.: ¿Qué es?

GENT.: Que pues su pueblo a

[verle

salir tan desalentado,
todo a seguirle se mueve,
hagamos que, agradecido
a sus piedades, le lleve
cetro, púrpura y tiara,
y que sus triunfos acuerde;
porque con la vanidad
estando el pueblo presente,

no se atreva a declararse
cristiano.

MAX.: Bien lo previenes.

GENT.: Pues sígueme

MAX.: Ya te sigo.

GENT.: ¡Oh, nunca lleguen a verse!

MAX.: ¡Nunca lleguen a mirarse!

GENT.: Ni de la Fe los placeres.

MAX.: Ni las lágrimas de Elena.

LOS DOS: Siendo triunfos de

CONST.: (*Dent.*) Silvestre.

GENT.: Ya su voz suena en los montes.

MAX.: Antes que en los cielos suene,
a conmovier contra él
el pueblo vamos.

(Vanse.)

CONST.: (*Dent.*) ¡Silvestre!

SILV.: ¿Qué voz con mi nombre,

[¡cielos!,

a aquestos montes trasciende
las más escondidas grutas
de sus entrañas?

CONST.: (*Dent.*) Constantino
es el que a buscarte viene.

SILV.: ¡Ay de mí! Que como ya
sé que sus contrarios vence
sin duda, en fe de sus dioses,
contra mí las armas vuelve,
¿Dónde me ocultaré? Pero
mejor será que le espere;
que si Dios, sin merecerlo,
coronar mi vida quiere
con el laurel del martirio,
venturoso yo.

Sale CONSTANTINO

CONST.: ¡Silvestre!

SILV.: ¿Qué me nombras? ¿Qué me lla-
[mas?

Si es para darme la muerte,
aquí estoy.

CONST.: ¿Eres tú?

SILV.: Sí.

CONST.: Humilde a tus pies me tienes.

SILV.: Acción y voz me has quitado
de labio y pecho. ¿Qué emprendes?

CONST.: Ser el primer César que
el pie al Pontífice bese.

SILV.: ¿Qué es esto? ¿Lágrimas tú?

CONST.: Bien admiras que quien viene
a buscar agua, de agua,

y que pide lo que ofrece.

A tus pies, ¡oh Padre! (bien
como el sediento a la fuente),
me arrojó; bien como ciego,
a la luz; como doliente,
a la salud, y bien como
al perdón, el delincuente.
Pedro y Pablo a ti me envían
para que en tu baño deje
estas leprosas escamas,
túnicas de la serpiente,
que abriga el pecho, porque
la piel anciana renueve.

SILV.: Pues ¿qué quieres de mí? ¿Qué
pides?

CONST.: La Fe.

Sale la Fe

FE: Aquí me tienes,
que la que allá ruega triste,
aquí te recibe alegre.

CONST.: Feliz yo, que de tus brazos...

FE: No a ellos tan presto te acerques
antes que el baño recibas.

SILV.: Sube conmigo a esta fuente,
donde la ablución del agua
te sane, limpie y consuele.

Sale la GENTILIDAD

GENT.: Llegad todos, y en su busca,
porque sus penas aliente
sus triunfos le acordad.

FE: Ya
su triunfo no más es este.
No adelante, Culpa, pases.

GENT.: Pues ¿quién el paso me puede
impedir a mí?

FE: La acción
que ves.

GENT.: Aún no a ti te adquiere.

FE: Es verdad.

GENT.: Pues no me impidas
que antes que se bañe llegue
a representarle estos
triumfos que a Júpiter debe.

FE: No debe, sino a la Fe
de Elena, que es quien merece,
hallando la Cruz, hallar
las piedades que él adquiere.

GENT.: Cuando Elena halle la Cruz,
¿qué misterio en sí contiene

un madero para que
 en él sus auxilios pienses?
 FE: ¿Qué más misterio que ser
 (si a sus auxilios atiendes)
 el inmediato instrumento
 de la Redención?
 GENT.: Detente:
 ¿es más que un leño, que pudo
 ser horca del delincuente?
 FE: Más es, pues del primer árbol
 se trasplantó su simiente.
 GENT.: No es más, pues vemos que tron-
 [co
 en Gólgota nace y crece.
 FE: Más es, pues donde Adán yace,
 es donde sus raíces prenden.
 GENT.: No es más, pues de ningún fruto
 adorna su pompa verde.
 FE: Más es, pues sin fruto sana
 la infición de la serpiente.
 GENT.: No es más, pues de cedro, palma
 y ciprés son sus especies
 FE: Más es, pues siendo tres, dice
 duración, victoria y muerte.
 GENT.: No es más, pues ruda segur
 para Salomón, le hiere.
 FE: Más es, pues nunca le labran
 porque a otro fin aproveche.
 GENT.: No es más, pues que por inútil
 sirve del cedrón al puente.
 FE: Más es, pues Sabá le adora
 y a pisarle no se atreve.
 GENT.: No es más, pues de allí quitado,
 mandan que a un lago le echen.
 FE: Más es, pues de esa piscina
 los enfermos convalecen.
 GENT.: No es más, pues sobre las aguas
 lleno de cieno parece.
 FE: Más es, pues parece cuando
 para Cruz han menesterle.
 GENT.: No es más, pues la labran dél
 por sucio, pesado y fuerte.
 FE: Más es, pues esa elección
 de mayor causa depende.
 GENT.: No es más, pues como ya dije,
 de él un alevoso pende.
 FE: Más es, pues restaura un mundo
 con la sangre que en él vierte.
 GENT.: No es más, pues que los judíos
 le sepultan por no verle.
 FE: Más es, pues lo hacen porque
 mirar su adoración temen.

GENT.: No es más, pues con otras dos
 Elena a encontrarle viene.
 FE: Más es, pues dice cuál es
 la vida que a un muerto ofrece.
 GENT.: No es más, pues hallado, hay
 pocos que le reverencien.
 FE: Más es, pues le dará templo
 que adornado le conserve.
 GENT.: No es más, pues irá cautivo
 a Persia, sin defenderle.
 FE: Más es, pues Persia verá
 cómo a sus ídolos vence.
 GENT.: No es más, pues su cautiverio
 Cosdroas hará que se aumente.
 FE: Más es, pues verá que Heraclio
 a su adoración le vuelve.
 GENT.: No es más, pues que tarde,
 libre saldrá de poder de infieles.
 FE: Más es, pues aun entre ellos
 estará estimado siempre.
 GENT.: No es más, pues que allí a peda-
 [zos
 procurarán deshacerle.
 FE: Más es, pues aun hecho partes,
 no hay ninguna que le niegue.
 GENT.: No es más, en fin, pues que en el
 último volcán ardiente
 se consumirá.
 FE: Más es,
 pues inanimado Fénix,
 resucitará ese día
 sin que el menor ligno deje
 de cobrar. Y será puesto
 por mayor astro celeste,
 donde por la eternidad
 de Dios viva, triunfe y reine.

Cae la GENTILIDAD y sale MAXENCIO y todos
 los demás, trayendo en fuentes los triunfos.

GENT.: Calla, calla, que a la voz
 tuya, la acción de Silvestre
 (que ya a la materia y forma
 de agua y palabras pretende
 unir), la Culpa desmaya,
 la Gentilidad fallece.
 MAX.: Llegad todos, y cantando,
 porque sus penas aliente,
 sus triunfos le acordad.
 GENT.: Ya es tarde.
 MAX.: Culpa, ¿qué tienes?
 GENT.: No ser Culpa, pues la voz

torpe, el labio balbuciente,
 perturbada la razón,
 flaco el espíritu, débil
 el corazón, muere al tiempo
 que ese pontifical preste
 obra el Bautismo, porque
 vea hoy el mundo realmente
 que cuando el hombre renace
 la Culpa del hombre muere.

Abrese un carro, que ha de ser un jardín, con
 una fuente en medio, y estará de rodillas

CONSTANTINO, y SILVESTRE como que le
 va

bautizando, y una escalera portátil pa-
 ra bajar.

MAX.: Pues aunque muera una Culpa,
 de mí la esperanza quede
 de que otra vuelva.

CONST.: ¡Dichoso

yo, que apenas (más prudente
 dijera a glorias) toqué
 la agua que en mi pecho viertes,
 cuando de la inmunda lepra
 sano quedé!

MAX.: (Ap.) Fiero, esfuerce
 mi intento para adelante.

(Alto)

Pues el César convalece,
 en albricias de su vida,
 vuelva el regocijo alegre
 de aquella coronación
 que dejó el dolor pendiente:
 púrpura, cetro y corona
 llegad todos a ofrecerle.

CONST.: Llegad, que yo aceptaré
 Sus dones más dignamente
 para otro que para mí.

(Va poniendo Constantino a
 Silvestre las insignias, como di-
 cen los versos.)

Esta púrpura, Silvestre,
 imperial ropa hasta aquí,
 será desde hoy más decente
 ropa pontifical; esta
 corona, que tres contiene,
 por las tres victorias mías,
 será tiara de sus sienas;
 este cetro, de tres cetros,
 tu báculo; que es bien lleguen,

porque al Pontífice adornen,
 a desnudarse los reyes.

GENT.: ¡Que esto sufra, que esto mire!

MAX.: Pues mal mi intento sucede,
 huya de aquí, por no ver
 que Pontífices empiecen
 a tener pontificales
 adornos.

CONST.: Y porque quedes
 fuera ya de estas montañas
 y tengas Corte en que reines,
 le doy al Pontificado
 la ciudad de Roma (atiende),
 y para Templo de Pedro
 y de Pablo, mi eminente
 Palacio.

Abrese una peña, y se ve en ella SANTA ELENA
 en un altar, con la CRUZ, en la forma que
 la pintan

FE: Pues para que
 veas lograr lo que ofreces,
 es bien que el triunfo anticipe
 y que allí a mirar empieces
 (abriéndose las entrañas
 de esa peña, ruda siempre)
 a Elena, tu madre, que
 tan contenta llega a verse
 de haber hallado el tesoro
 que en su mano resplandece,
 y del que tú también logras
 te viene a dar parabienes.

ELENA: Felice mil veces yo.

Constantino, y tú mil veces
 felice, pues que logramos,
 yo hallar el tesoro alegre
 deste Divino Madero,
 que depositado en este
 monte con tan gran prodigio
 a mi Fe dio a conocerse;
 y a tí, dándote salud
 de dos achaques crueles,
 la lepra del alma y cuerpo,
 porque con el baño quedes
 marcado con la señal
 de la Cruz, constante siempre
 en el rebaño de quien
 es hoy el pastor Silvestre.

GENT.: ¡Oh, quién no oyera sus voces!

MAX.: ¡Oh, quién su insignia no viese!

Aparece un templo, y en medio de él una pirámide con el Santísimo Sacramento, y a los dos lados, SAN PEDRO y SAN PABLO.

FE: Pues mayor dolor te espera,
y porque llegues a verle
en el Triunfo de la Fe,
que en Constantino florece,
mira cómo su Palacio
es ya más suntuoso albergue
de Pedro y de Pablo, y en
un pirámide excelente
el mayor de mis Misterios
hoy al mundo resplandece
colocado, pues debajo
de las formales Especies
de Pan y Vino se encierran
de Cristo substancialmente
la Carne y la Sangre.

PEDRO: Oíd,
que a donde señala este
pirámide, que del Sol
de justicia se guarnece,
será donde se consagra.

PABLO: Y donde estarán, Silvestre,
dos estatuas de los dos,

donde las extrañas gentes
peregrinas las visiten
y devotas las veneren.

CONST.: ¡Qué felicidad!

MAX.: ¡Qué pena!

FE: ¡Qué dulce vida!

GENT.: ¡Qué muerte!

SILV.: ¡Qué paraíso!

MAX.: ¡Qué rabia!

ELENA: ¡Qué descanso!

GENT.: ¡Dolor fuerte!

PEDRO: ¡Qué alegría!

MAX.: ¡Qué tristeza!

GENT.: ¡Qué aflicciones!

PABLO: ¡Qué placeres!

CONST.: Y porque el mío se explique,
conmigo decid a este
Sacramentado Señor,
porque este tiempo se abrevie...

TODOS y MÚS.: Permita vuestra piedad
que el día dichoso llegue
en quien el Templo de Roma
sea el mayor de los Fieles.

*(Tocan chirimías y, cerrándose
los carros, se da fin al Auto.)*

FIN DE
"LA LEPRO DE CONSTANTINO"

Poetry and history in a work
by Calderón de la Barca
("La Lepra de Constantino")

César García Alvarez

Calderón de la Barca, the most outstanding playwright of the Spanish so-called Golden Century, had a wide knowledge of medieval religious history. Finding inspiration in the *Historia de la Iglesia y Vida de Constantino*, by Eusebio de Cesarea, *La Rama Dorada*, by J. de Vorágine, the *Primera Crónica General*, by Alfonso X, El Sabio, the *Vida de Cristo* by Iñigo de Mendoza, and especially the *Sermones de Cuaresma*, by a contemporary of his, Basilio Ponce de León, Calderón de la Barca wrote *La lepra de Constantino*, a dramatized story of the conversion of Constantine the Great.

Professor García analyses the faithfulness of Calderón to medieval historiography through a comparison of this historiography with the forms of the Roman one. Professor García then studies the "significance and structure" of the Calderonian work, establishing the dramatic poles of action: Christianity against heathenism. On the side of Christianity are Silvester, Pope, the villain Astrea, Saint Helen, Saint Peter and Saint Paul; facing them we find Majencio, Zabulon the Jew and the soldiers. Constantine wavers dramatically between the two forces, after which he slowly outlines the story of his conversion.

In the last part, Professor García studies the psychology of the conversion that Calderón applies to Constantine — an analysis of religious psychology that Calderón would conventionally use in other later works of his dealing with the problem of conversions.

HENRY LOWICK-RUSSELL